



La Misa del Domingo

IV Domingo de Pascua 7 de mayo de 2017

“El que no entra por la puerta es ladrón y bandido”.

Duras palabras en boca de Jesús. Estas palabras son una exigente interpelación para todos los que ejercen una misión en la Iglesia: no hay más que un pastor; no hay más que una puerta. Entrar por la puerta significa adecuarse al modo de actuar de Jesús, ser su portavoz, ser un signo transparente y eficaz de su presencia y de su estilo de vida. Dicho de otra manera: el ministerio como servicio a la comunidad.

Él va llamando por el nombre a sus ovejas. La Iglesia no es una masa anónima de gente manejada por un líder lejano, que se crece y se siente superior por su lejanía. Es ante todo un pueblo, una comunidad, una familia. Las relaciones con Jesús son personales. Él nos conoce y nos llama a cada uno por nuestro propio nombre. Toda nuestra vida entera, tal como es, nuestra individualidad única e intransferible, es la que entra en relación con Él y es salvada.

La sociedad actual tiende a convertirse en una masa cada vez más anónima y despersonalizada; y ello nos deja profundamente insatisfechos: no somos amados por nosotros mismos; somos una simple número, en la empresa, en la seguridad social, en el hospital, en el whatsapp o facebook. Jesús, el Señor, nos llama, nos valora y nos ama a cada uno personalmente. Así la Iglesia debería hoy tender a convertirse en una comunidad de comunidades personales y personalizadas.

“He venido para que las ovejas tengan vida”.

Es el Pastor, el “Buen Pastor” quien nos dice estas palabras. El que dio su vida por nosotros y que vive resucitado con el Padre. La Pascua es un mensaje de vida, una esperanza de vida plena. Cuando tantas cosas nos hablan de muerte: hambre, guerras, violencia, drogas, catástrofes humanitarias, accidentes... el



La Misa del Domingo

Señor nos ofrece LA VIDA, inseparable de LA LIBERTAD: "*podrá entrar y salir y encontrará pastos*".

Cristo sufrió su pasión por vosotros, dejándonos un ejemplo para que sigamos sus huellas. Un tema clásico y profundamente evangélico: el seguimiento. No nos engañemos: no se trata de saber muchas cosas, ni siquiera de tener una determinada visión del mundo o de la vida. Ser cristiano, ser seguidor, es cargar la propia cruz y caminar tras las huellas de Jesús. El es el Pastor que no nos seduce con promesas engañosas, sino que nos muestra el camino de LA VIDA.

Pero no basta con saberlo intelectualmente, se trata de dejarnos interpelar y modelar por su vida. ¿Qué tenemos, pues, qué hacer?. La respuesta es sencilla: convertirnos. Es decir, dejad transformar nuestra vida, conformarla por su palabra, por su mensaje.

Agustín Fernández, sdb